

Prólogo

De la fuerza a la palabra. Transición histórica a la nueva era

Dr. Federico Mayor Zaragoza
Fundación Cultura de Paz, Madrid.

«El futuro hay que inventarlo».

Es un gran placer para mí colaborar en esta publicación y hacerlo, una vez más, atendiendo a la llamada de mi gran amigo, el profesor Vicente Martínez Guzmán, quien, siempre y desde un primer momento, se refirió a la paz, a la justicia, a la solidaridad y a la igualdad desde una perspectiva filosófica.

Quiero empezar diciendo que, si hay algo fundamental, es que las mujeres y los hombres tenemos capacidades distintivas absolutamente desmesuradas, ya que somos capaces de pensar, de imaginar, de anticiparnos, de innovar... ¡de crear! Y, esta facultad creadora, no sólo define a todo ser humano sin distinción, sino que, muy especialmente, constituye nuestra esperanza. Una esperanza que se entrelaza con «la fuerza de la palabra», porque toda la historia de la humanidad ha estado basada en la fuerza, propia del poder absoluto masculino, hasta el punto de que, aunque hayan llegado mujeres al poder, no lo han ejercido según sus capacidades inherentes sino de forma mimética, imitando, lógicamente, la manera masculina de ejercerlo. Desde hace varias décadas, esta tendencia ha ido cambiando, gracias a la tecnología digital, que permite a los seres humanos expresarse libremente, lo que ha permitido la progresiva consolidación de la mujer como la piedra angular de la nueva era.

El concepto de creatividad que da sentido a este libro es un término esencial, relacionado íntimamente con la innovación y el descubrimiento —«ver lo que otros también ven y pensar lo que nadie ha pensado para aperebirnos de que cada persona es capaz de hacer su propio diseño de vida, su propia «hoja de ruta», incluida la del destino supremo, llegar a sí mismo sin cortapisas ni adherencias, que constituye la esencia de la libertad. Ser «libre y responsable» es la lúcida definición de «educación» que establece el artículo 1º de la Constitución de la UNESCO. Cada persona capaz de crear, del arte de pensar y de actuar en virtud de las propias reflexiones y, nunca más, al dictado de nadie. No obstante, uno de los grandes problemas a los que tenemos que seguir haciendo frente hoy en día es la obcecación,

la prevalencia de la emoción sobre la razón, el fanatismo, la obediencia atemorizada a asociaciones de creencias e ideologías de diferente índole, que hacen que, llegado el momento, no se practique lo que realmente se piensa sino lo que otras personas, en ocasiones muy distantes, han inducido, han forzado a pensar y practicar. Ni que decir tiene que una cosa es la adhesión voluntaria y libre a unas directrices, a una manera de pensar aceptable y serena, y otra muy diferente es la adhesión dogmática y apremiante. Esta actitud convierte en meros espectadores, en simples seguidores fieles y pasivos en lugar de ser actores diligentes en virtud de las propias meditaciones y decisiones. En este sentido los medios de comunicación tienen un papel esencial, ya que, como decía Soledad Gallego, constituyen un *arma de distracción masiva*, que no nos permite comportarnos libre y responsablemente.

Es en los momentos de máxima tensión humana cuando aflora la creatividad, cuando muchos invisibles se hacen patentes y muchos imposibles hoy se hacen posibles mañana. Destacan, por su gran profundidad y densidad conceptual, los mensajes escritos en momentos «clave». Un buen ejemplo lo constituyen la Carta de las Naciones Unidas y la Constitución de la UNESCO, escritas al término de la Segunda Guerra Mundial, referentes insustituibles de la gobernanza planetaria multilateral y democrática.

Es pertinente destacar aquí el inicio de la Carta de las Naciones Unidas: «Nosotros, los pueblos... hemos resuelto evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra». Es cierto que entonces era prematuro encomendar a los «pueblos», teniendo en cuenta a las generaciones venideras, la construcción de la paz, cuando desde el origen de los tiempos se había preparado la guerra («*si vis pacem, para bellum*»). Hitler, Mussolini e Hirohito, los tres macabros principales protagonistas de la confrontación a escala mundial que concluía, no permitían llevar a cabo en aquel momento la genialidad del Presidente Roosevelt y su equipo (su mujer Eleonora incluida en primer término). Y, así, la Asamblea General fueron sólo Estados. No hubo representación de la sociedad civil. A pesar de todo, las Naciones Unidas eran un gran espacio donde todos los países, grandes y pequeños, podían acudir. El multilateralismo democrático era y sigue siendo la solución, porque corresponde a los países la posibilidad de dialogar, de establecer puentes, de disminuir tensiones... evitando conflictos o resolviéndolos.

Los años 80 auguraban cambios de honda esperanza ya que aparecen en el escenario mundial dos personajes inesperados -y lo inesperado es, con frecuencia, nuestra esperanza-. Estos personajes eran Nelson Mandela y el presidente Mikhail Sergevich Gorbachev. En aquel periodo yo había seguido muy de cerca, la vida de las Naciones Unidas, siendo director general adjunto de la UNESCO. Conocía cuáles habían sido los grandes problemas a escala global y estaba convencido de que el remedio sería un sistema multilateral bien «edificado». Una de las cosas que nos enseñaron los años 80 es que todo tiene remedio, y que hay soluciones, que no sólo es preciso buscarlas, sino que, en caso de no hallarlas, hay que inventarlas, en virtud de la capacidad creadora exclusiva de los seres humanos.

Nelson Mandela, un prisionero que llevaba 26 años en la cárcel por el solo delito de tener la piel morena. Estaba en Sud África, donde había una gran mayo-

ría negra y una minoría blanca con todo el poder y todos los recursos. Lo visité en los últimos años de cárcel, cuando estaba recluido en Robben Island. Le dediqué este poema: «Ahí estás, aherrojado, / dándonos libertad / a manos llenas. / Queremos hoy que sepas / que nuestras alas / tienen en cada pluma / la marca de tus rejas; / que somos tenaces arrieros / de las intransitadas sendas / que tu cautiverio inspira; / que desde tu celda / liberas y excarcelas / a tanto corazón anclado / en la tibieza, / y rompes con la fuerza / de tu ejemplo / los moldes de pactos, / de acuerdos y consensos / que no supieron / respetar íntegramente / la dignidad de todo hombre / que tus grilletes y cadenas / proclaman y procuran».

Durante muchos años de cautiverio, Mandela había decidido que la única solución es el abrazo, la conciliación, el entenderse y hablarse, y que todos los seres humanos son iguales en dignidad, fundamento conceptual del conjunto de los Derechos Humanos. Sea cual sea su género, hombre o mujer, de una religión u otra, de una ideología u otra, de una etnia u otra, todos iguales en dignidad. Si esto lo creyésemos todos de verdad, gran parte de los problemas de convivencia quedarían resueltos. Después de 27 años en la cárcel, Mandela fue capaz, en muy pocos meses, de cambiar el abyecto panorama del apartheid y de convertirse en el presidente de Sud África. Hizo lo inesperado ya que, en lugar de salir clamando venganza, lo hizo con los brazos abiertos, consiguiendo en poco tiempo una reconciliación nacional ejemplar.

Ya antes de salir de la cárcel, Nelson Mandela había establecido contacto con otro personaje extraordinario, presidente a la sazón de Sud África, Federik de Klerk. Tuve la oportunidad de invitarlos a París, donde estaba la sede de la UNESCO. Era la primera vez que saludaba al presidente de Klerk. Nelson Mandela estaba en la sala de espera. Le pregunté al presidente si había pensado que, si todo seguía como parecía, dentro de poco tiempo sería presidente de Sud África el personaje negro que estaba esperando en la sala de al lado. Él me miró y me dijo: «Señor director general: cuando esto se produzca podré dormir tranquilo por primera vez». Ya ven ustedes: cuando decimos que algo no tiene remedio, es porque nos referimos a personas que siguen las mismas pautas, que siguen las mismas tradiciones, que siguen pensando que sólo los hombres del poder tienen que ejercerlo y decidir. Sin embargo, todo esto cambia abruptamente cuando aparece lo inesperado, que en este caso fue este símbolo de la reconciliación y del amor, que nos demostró que los puentes se crean y se construyen... y aunque parezca absolutamente imposible, de pronto un negro es respetado por unos y otros y se convierte en el presidente de Sud África.

El segundo personaje inesperado fue Mikhail Gorbachev, que llegó a ser el presidente del Comité Central del partido comunista de la Unión Soviética, después de unos presidentes muy favorables a la dictadura y al poder absoluto, como fueron Brézhnev, Andrópov y Chernenko. Después de estos llega Gorbachev y lo primero que hace es demostrar que es capaz de utilizar los medios de comunicación, sobre todo la televisión, de una manera absolutamente impensable. Quería cambiar la imagen que todos teníamos de la Unión Soviética como un espacio de silencio y de fuerza, de miedo y de obediencia. Lo primero que se le ocurre es aparecer en la

TV de todos los países de la Unión Soviética acompañado de personas conocidas en todas partes, como actrices y actores de renombre. En 1986, presidiendo el Foro de Issyk-Kul, tuve ocasión de colaborar en estas originales actividades sobre la nueva imagen del Kremlin y su osado inquilino.

Una acción de hondo calado histórico fue cuando el presidente Gorbachev ofreció al presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, poner fin a la Unión Soviética, sin una gota de sangre. Cuando Reagan hablaba con grandes aspavientos de la «guerra de las galaxias», Gorbachev le responde con el desmoronamiento del Muro de Berlín y todos los países de la Unión Soviética pasan a ser una Comunidad de Estados Independientes. Sin una gota de sangre. Nelson Mandela y Mikhail Gorbachev, prohombres de aquellos finales de los años 80, llenos de esperanza.

Por desgracia, también, en el año 89 estaban el presidente Ronald Reagan, del partido republicano, y la primera ministra del Reino Unido, Margaret Thatcher. Ambos se opusieron a que fueran «Nosotros, los pueblos» los que tomaran las decisiones, y optaron, bien al contrario, por demostrar que los que mandaban eran ellos. Esta ambición hegemónica hizo que se creara, en un principio, el G6, un grupo de sólo 6 países... ¿Cómo pudo aceptarse esta plutocracia? ¿Cómo pueden mandar 6 países sobre todo el mundo?

En septiembre de 2017, ya con el presidente Donald Trump en los Estados Unidos, se reunió el G7 en Roma y no sólo cometieron, el desvarío intolerable de aumentar el gasto militar, sino que, lo que es auténticamente indecente, quitaron del orden el día los puntos que se referían a los acuerdos de París sobre el cambio climático y los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Los dos temas constituyen una gran y apremiante responsabilidad en relación a nuestros descendientes porque enfrentamos procesos potencialmente irreversibles. No debemos, por tanto, tolerarlo. Disponemos de capacidad de respuesta presencial y en el ciberespacio, y sin embargo, seguimos respetando la fuerza sin rechistar. Estamos cometiendo un grave delito de silencio. Cuando yo era joven no cometíamos ningún delito de esta naturaleza, ya que no podíamos hablar ni sabíamos nada. No olviden que hace muy pocos años no conocíamos lo que sucedía más allá de nuestro entorno inmediato. Como ya he indicado, hace sólo veintitantos años que, gracias a la tecnología digital, sabemos rápidamente lo que acontece en el mundo y podemos expresarnos, podemos manifestar nuestra opinión.

Está muy claro que desde el origen de la historia, siempre hemos preparado la guerra: actualmente invertimos más de 4000 millones de dólares al día en armas y gastos militares, cuando miles de personas mueren de hambre. No conseguimos recolectar 10 000 millones para cumplir nuestras obligaciones con los refugiados para ayudarles a que vivan dignamente en sus lugares de origen. Hace ya muchos años que en las Naciones Unidas se decía que la palabra clave es «compartir», partir con los demás. Tenemos que estar comprometidos con el cambio y compartir generosamente, solidariamente, no sólo los bienes materiales sino también nuestra experiencia, nuestra manera de razonar... Todo se tiene que compartir y crear puentes.

Lo que hemos hecho, sobre todo en los últimos años, en política internacional, guiados por el neoliberalismo globalizador, ha sido un disparate, porque no hemos

logrado una unión política sino únicamente monetaria. Y esta unión monetaria la llevan los mercados, mercados que han tenido la desfachatez de nombrar gobiernos sin elecciones en Italia y Grecia. Se habla de la «deuda de Grecia», pero todos tenemos una deuda de gratitud con Grecia por ser la cuna internacional de la democracia. Si aceptamos que sean los mercados, en lugar de los intereses sociales, los que están decidiendo todas las transacciones a escala mundial, la deriva social y económica será irrecuperable.

Otro ejemplo de proceder inadmisibles lo representa la casa Exxon Mobile, en el año 1980, unos meses después de que la Academia de Ciencia de los Estados Unidos comunicara que no sólo se estaba emitiendo demasiado anhídrido carbónico, sino que su recaptura por parte del mar estaba disminuyendo porque se asfixiaba el fitoplancton. El mar ocupa más del 70% de la piel de la tierra y es, por tanto, el principal responsable de la recaptura del CO₂. Hemos permitido y seguimos permitiendo que haya una serie de petroleros que lavan los tanques, con los residuos del «cracking», en altamar, en lugar de ir a las instalaciones portuarias adecuadas. El resultado del incremento del CO₂ y de otros gases con «efecto invernadero» es el cambio climático. Estamos llegando a puntos de no retorno, lo que puede redundar en que nuestro legado a las generaciones venideras sea tener que vivir con una calidad inferior a la que nosotros hemos disfrutado. Las consecuencias térmicas y en el nivel del mar pueden ser muy importantes y es irresponsable no tenerlo en cuenta. A principios de 2017 se comunicó que el deshielo del Ártico había alcanzado casi el 90%: de más de 1.200.000 km² se había pasado a unos 100.000 km², con lo que el efecto «albedo» –la radiación solar se refleja en el hielo como en un espejo– se había reducido en un 90%, produciéndose un recalentamiento adicional del agua marina y la liberación de metano...

Sobre todo esto tenemos que reflexionar. ¿Para qué estamos nosotros los pueblos y sus voces? Seguimos utilizando las «redes sociales» para comunicarnos entre nosotros, cuando deberíamos aprovechar la capacidad que tenemos de expresarnos para decirle al señor Trump que, a partir de ahora, no toleraremos más el incumplimiento de los acuerdos de París sobre el cambio climático, porque somos conscientes de que pueden alcanzarse puntos de no retorno. La gran transición que tenemos que procurar es hacer posible que haya, por fin, una gobernanza que se base en la capacidad que tenemos de reflexionar, de intercambiar ideas, de concebir estrategias, y sobre todo, de inventar el futuro.

Recuerdo con frecuencia, porque para mí fue muy importante, el final del discurso en el mes de junio de 1963 del presidente Kennedy en la Universidad Internacional de Washington: «Dicen que la paz es imposible, yo demostraré que es posible. Dicen que el desarme no es factible, yo demostraré que lo es... porque no hay ningún reto que se sitúe más allá de la capacidad creadora que distingue a la especie humana». Esta es nuestra esperanza, que cada ser humano es capaz de crear. Por eso, tenemos que conseguir que cada ser humano se dé cuenta de que tiene estas facultades distintivas y de que hoy ya disponemos de los instrumentos necesarios para manifestarnos libremente. De otro modo, seguiremos liderados por la fuerza.

Sí, hoy ya tenemos, como antes decía, la posibilidad de saber lo que acontece y ya no valen excusas. En 2011 escribí: «Fingí que no sabía... y ahora voy con mi conciencia a cuestras, insomne noche y día»... Sí, ahora ya podemos expresarnos. El tiempo del silencio ha concluido. Y, sobre todo, la mujer, cuyo relevante papel ya he mencionado antes. Me decía el presidente Nelson Mandela que la mujer será la «piedra angular» de la nueva era, porque sólo excepcionalmente utiliza la fuerza, mientras que el hombre sólo excepcionalmente no la utiliza. Esta conversación tiene lugar en el año 1996, pero estamos en 2018 y sigue pasando exactamente lo mismo. Ahora –¡qué dislate, qué oprobio!– están decidiendo aumentar el gasto en defensa, cuando lo que falta es, precisamente, rehacer el multilateralismo democrático, y acabar con los G6, G7, G8 y G20, responsables de la deriva conceptual, ética, social y económica que nos amenaza. Lo que precisamos es volver a tener los principios democráticos sobre los que se asentaba las Naciones Unidas y ser, por fin, «Nosotros, los pueblos»... No esperemos nada de «arriba»: los problemas tendremos que solucionarlos «Nosotros, los pueblos»...

Una de las publicaciones que más recomiendo para la enseñanza de la paz en todos los grados académicos es la Carta de la Tierra. Es un documento de una inspiración extraordinaria. Empieza diciendo que «Estamos en un momento crítico de la historia de la tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro. A medida que el mundo se vuelve cada vez más interdependiente y frágil, el futuro depara, a la vez, grandes riesgos y grandes promesas. Para seguir adelante debemos reconocer que en medio de la magnífica diversidad de culturas y formas de vida somos una sola familia humana y una sola comunidad terrestre con un destino común... Debemos unirnos para crear una sociedad global sostenible fundada en el respeto hacia la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz». He aquí todo un excelente programa de acción.

Necesitamos puntos de referencia, necesitamos adaptar cada día, con visión, y firmeza, nuestra brújula, nuestra hoja de ruta. Además de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y de la Carta de la Tierra, recomiendo la Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas del 16 de Diciembre del 2016, adoptada con el patrocinio, entre más de 100 países, de China y de la India... Esta Resolución sobre el: «Seguimiento de la declaración y del plan de acción sobre una cultura de paz», refiere lo que tenemos que hacer para pasar de la fuerza a la palabra. Lo que tenemos que hacer es diseñar nuestro futuro y estudiar filosofía y arte para fomentar la creatividad. Y no confundir más como sucede en los Informes PISA, educación con capacitación, conocimiento e información, o información con noticia. Educación es ser libres, es ser capaces de ejercer las facultades exclusivas de la especie humana, hombres y mujeres, con la ventaja de que las mujeres en lugar del *bellum* utilizan el *verbum*. Ahora tenemos que dejar de decir *si vis pacem para bellum*, para decir, *si vis pacem para verbum*. Hablemos. Hablando se entien- de la gente.

Y voy a terminar con unos versos de Miquel Martí i Pol, que dicen que «siempre estaremos a contra viento», a contracorriente, porque nuestras propuestas de paz, de justicia, de solidaridad, no son, precisamente, las de la gobernación, del *si vis*

pacem para bellum, que ha prevalecido a través de los siglos. «Sempre amb vent de cara, quin llarg camí d'angoixa i de silencis» (siempre cara al viento, qué largo camino de angustia y de silencios). Este largo camino solo se resolverá a través de la creatividad, solo se resolverá a través de la filosofía y el arte. Actuemos convencido de que nuestra esperanza radica en que cada ser humano, único, es igual en dignidad y es capaz de crear.